

Trabajo a cambio de pertenencia, empleadas domésticas en Bogotá, 1950-1980¹

Ana Camila García López²
Universidad del Bosque - Bogotá - Colombia

Artículo de reflexión derivado de investigación
Recibido: agosto 24 de 2012 - Aprobado: octubre 19 de 2012

Resumen:

El artículo muestra aspectos claves para entender por qué hubo tantas mujeres empleadas del servicio doméstico, el modo como lo llevaban a cabo y el valor de ese trabajo en Bogotá entre 1950 y 1980. Se destacan el proceso de migración campo-ciudad, el dominio del tiempo de la naturaleza producto de su origen campesino, el alto nivel de trabajo y sobre-trabajo que desarrollaron las sociedades campesinas en el país, la capacidad para habitar un territorio cultural de frontera de clase y el traspaso de la autoridad de los padres a los patrones. Aspectos que serán examinados a continuación.

Palabras clave: empleadas de servicio doméstico, migración campo-ciudad, relaciones familiares.

-
- 1 El presente artículo está basado en la tesis de Maestría de la autora, titulado: "*Memorias, uso del tiempo y cotidianidad de las empleadas domésticas. Bogotá, 1950-1980*" realizado en el Departamento de Postgrado en Historia, Universidade de Brasília, con el apoyo del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico, CnpQ de Brasil, 2011.
 - 2 Socióloga, Universidad Nacional de Colombia. Magister en Historia, Universidad de Brasilia. anarconda77@yahoo.com.mx

Trabalco em troca de pertença, empregadas domésticas em Bogota

Resumo:

Este artigo desenvolve aspectos chaves para compreender porque houve tantas mulheres trabalhando como empregadas domésticas tanto como o modo como elas faziam esse ofício e o valor desse trabalho em Bogotá dos anos de 1950 a 1980. Destacam-se como fenômenos cruciais o processo de migração rural-urbano, a importância do tempo da natureza como modo de temporalidade originado na infância camponesa de estas mulheres, enorme capacidade de trabalho e sobre-trabalho característico de sociedades rurais, a capacidade para habitar um território cultural de fronteira de classe e o traspaso da autoridade dos pais aos patrões. Aspectos que serão aprofundados a continuação.

Palavras chaves: empregadas domésticas, migração rural-urbana, relacionamento familiar.

Work in exchange of belonging, maids in Bogota, 1950-1980

Abstract:

This article briefly shows key aspects as to understand why were there so many maids and the worth this work had in the 1950's to 1980's Bogota. There are some distinguished aspects which are about to be examined. Urbanization process, nature time hegemony due to rural childhood, over-working high level of peasant societies, the capacity to inhabit a frontier class place and the parent's authority transferred to the house keeper and his husband, are some of the aspects considered.

Key words: Maids, urbanization, familiar relationships.

Sirvienta, casera, la de adentro, coima, muchacha, mucama, guisa, criada, entre otros, eran los términos con los cuales se llamó durante gran parte de la historia a quienes, a partir de los años ochenta, serían *empleadas*. Habida cuenta del creciente discurso jurídico que apoyó una reciente transformación laboral y cultural³.

El empleo doméstico actual tiene profundas herencias históricas en el fenómeno de la servidumbre colonial y probablemente más allá en el tiempo: hay evidencias para pensar que esta figura de servidumbre familiar pudiera ser incluso más antigua que la esclavitud⁴.

3 CHANEY, Elsa & GARCIA CASTRO, Mary (orgs), 1993.

4 Los verbos *criar* y *crear* comparten etimología (del lat. *creare*). La palabra *criada*, es la conjugación del verbo *criar* en presente,

A la servidumbre se la *criaba*: niños o niñas eran “adoptados” por familias, no como miembros efectivos, sino como sirvientes domésticos. Solían estar solos o al amparo de la caridad y ser tan, o más jóvenes, que los hijos de la familia adoptante⁵. Esta relación normalmente incorporaba en servidumbre de manera vitalicia al mencionado infante-criado, sujetándolo de este modo, a la casa y la vida de los patrones-padres.

Desde la colonia fue bien vista la presencia de hijos y criadas en las familias, aumentaban su respetabilidad y estatus. Este es un rasgo cultural que permanece en muchos sectores sociales aún hoy, como la servidumbre colonial que hoy sobrevive de manera marginal, coexiste con otras figuras de servidumbre y trabajo más contemporáneas. No siempre los sujetos que viven un mismo periodo de tiempo son contemporáneos, como bien plantea el historiador Alain Corbin⁶.

Según datos de Magdalena León, el empleo doméstico ha sido el trabajo de la mayor parte de las mujeres latinoamericanas, correspondiendo a la cuarta parte de la población femenina en la región. En Colombia el porcentaje de mujeres dedicadas a este oficio se ha venido disminuyendo: alcanzaba el 74% de colombianas en 1960 y para 1984 se calculaba en 37%⁷. Eso significa que el fenómeno del presente artículo compromete buena cantidad de personas⁸.

Niña - Empleada

Pero cómo fue que tantas mujeres compartieron este destino? Para responder esta pregunta hace falta conocer las transformaciones familiares en el país. Las familias en Colombia desde el primer tercio del siglo XX hasta por lo menos la década de los sesenta eran extensas. Llegaban muchas veces a sumar veinte miembros, incluyendo bajo el mismo techo: abuelos, tíos, sobrinos, “hijos naturales”, hijos del matrimonio, mascotas y a veces también parientes adoptados por la familia, como: vecinos, conocidos, etc. Nunca antes las familias colombianas fueron tan grandes.

En el período anterior –hasta los años cuarenta- las familias eran más pequeñas, no porque hubiera menos nacimientos, sino porque los niños morían con facilidad debido a las condiciones poco salubres. Con el aumento en cobertura de los servicios públicos, medicalización de la vida (por ejemplo, los nacimientos se hicieron asunto hospitalario) y sobre todo, con la entrada de la anticoncepción, la situación cambió dramáticamente.

tercera persona femenina, pero es también aquella mujer adoptada por una familia para su servicio. Hay varios documentos que parecen mostrar evidencias en el sentido de un patrón más o menos transnacional del fenómeno de las criadas: el establecimiento de relaciones serviciales vitalicias a cambio de comida, vestido y dormida, siendo una relación no monetaria, asociada a estatus social de las familias adoptivas, son todos rasgos comunes que aparecen en varios lugares del mundo y épocas distintas (AMARAL COSTA, 1994; SHILLING 2009; DONZELOT, 2001).

5 RODRÍGUEZ, 2004, pág. 267.

6 VIDAL, 2005, pág.17.

7 LEÓN, 1984, pág.2.

8 No obstante, el criterio de selección de la cotidianidad de las empleadas domésticas como problema de investigación no es la representatividad o la visibilidad del problema, más bien su carácter oculto pero revelador de la sociedad bogotana y nacional.

Según datos oficiales, entre 1930 y 1980 la tasa de natalidad descendió prácticamente a la mitad: pasó de 6.8 a 3.6 por cada mil personas, mientras la tasa de mortalidad descendió otro tanto, pasó de 45.2 a 28.9 personas por cada mil colombianos, ambos procesos duplicaron la esperanza de vida en cincuenta años⁹.

Este escenario impuso una necesidad evidente: el trabajo en las casas se multiplicaba. Platos y ropa para lavar, niños qué atender, comida para preparar, mercado para hacer, etc. Las amas de casa nunca dieron abasto, las empleadas eran muchas veces un asunto de sobrevivencia, y lo era en un doble sentido: hacía posible la vida cotidiana de las familias de los señores y hacía posible también la vida de sus familias campesinas de proveniencia.

El grupo regía la trayectoria individual y para la gran mayoría de las empleadas su destino estuvo asociado a la presión familiar. Las ganancias económicas eran asuntos familiares, no individuales, como lo son todavía hoy entre familias rurales¹⁰. Fueron muchas las familias rurales que ejercieron presión sobre sus hijas para que trabajaran como empleadas: fuera de manera directa para aliviar de ese modo las escasas finanzas campesinas, fuera indirectamente para huirle a los frecuentes conflictos domésticos. Muchas hijas de familias campesinas terminaron por considerar irse de la casa como la mejor opción para fugarse así del tenaz intento de sus padres por casarlas con hombres que ellas no querían, pero resultaban adecuados para su destino familiar.

Había otra forma en que las familias marcaban el destino de las empleadas: aquellos casos en que, por una u otra razón, eran niñas abandonadas por sus familias. Era una situación común para muchos niños, que terminaban siendo acogidos por comunidades religiosas o por familias, donde generalmente asumían el rol de criados. Es sorprendente constatar que esta es aún una condición contemporánea.

En todos los casos, el trabajo como empleada comenzaba a edades que hoy son consideradas muy tempranas, lo que da cuenta de la historicidad de las etapas de la vida. Llegaban a las ciudades alrededor de los 11 años, edad que se consideraba propicia para trabajar, puesto que la infancia, como etapa para aprender y jugar; así como la adolescencia, como momento para socializar y formarse, son producto de la historia reciente que entra con fuerza justamente cuando las familias en Colombia comienzan a disminuir tendencialmente su cantidad de miembros¹¹.

La negociación

Una vez realizada la migración hacia la ciudad, era a través de una red de contactos que el servicio doméstico funcionaba, por medio de “recomendaciones”. Este parece un trazo de permanencia cultural. Aunque aparentemente informal y sin control, esa red de información está dotada de cierta eficiencia,

9 RODRÍGUEZ, 2004, pág.279.

10 FORERO, 2002.

11 GARCÍA, 2011.

convirtiéndose en la más común de las formas de conexión con las casas de familia. De ahí en adelante era cuestión de *amañe*.

Es interesante percibir que en muchos casos la negociación sobre los términos del trabajo se hacía de forma oral entre los futuros patrones (generalmente *la patrona*) y un representante de la empleada, pocas veces era ella misma quién hiciera el trato. Papás, religiosas, amigas, hermanas e incluso algún desconocido que por azar encontraran en el camino y se mostrara dispuesto a ello, tomaban la vocería de la futura empleada y negociaban por ella, aunque no necesariamente *para* ella. Por eso muchas empleadas ni siquiera llegaban a conocer bien los asuntos pactados (p.e. cuánto dinero se les daría, de qué forma o cada cuánto), tampoco eran consultadas sobre si las decisiones tomadas eran o no convenientes; en el mejor de los casos las empleadas se limitaban a decir si aceptaban o no, y en el peor, eran objeto de negociación, no sujeto de ella.

Las condiciones de negociación eran completamente privadas y totalmente ajenas al Estado. De tal suerte que todo podía ser negociado, sin excepción, puesto que no había reglas establecidas en la ley para este oficio; de hecho no era considerado un trabajo productivo. El valor del trabajo doméstico se resolvía en la esfera privada, dependía completamente de la voluntad de los patrones, así como de la experticia y capacidad de estrategia de la empleada. Era un ámbito regido por costumbres y herencias culturales.

Lo que estaba en juego durante la negociación eran relaciones personales más que laborales. El parentesco, la seducción, el amor, el odio y el resentimiento, diversas formas de gratitud y admiración, tipos de engaño y humillación, eran todas emociones que condicionaban las condiciones del trabajo en que la empleada serviría. Todas con una tipología común: el lugar subalterno y de obediencia de la empleada ante la legítima autoridad de los patrones, sobre todo en la primera negociación, y el escaso valor social que era atribuido al trabajo doméstico y a la vida privada.

Las actividades “de la casa” eran tan poco atractivas que, aquellas empleadas que tuvieron hijos, trabajaron toda su vida para evitar que su prole continuara ese destino. Esa misma desvalorización explica la percepción de futilidad que envuelve, todavía hoy, la labor de las amas de casa. Del mismo modo, la hegemonía de la mujer se daba en los espacios privados, mientras la del hombre se daba en espacios públicos, la división del trabajo estaba muy marcada en el modelo clásico de familia colombiana.

Hasta mediados del siglo XX, las mujeres que trabajaban en espacios públicos eran pocas y mal reputadas: verduleras, vendedoras, prostitutas, meseras¹². Hasta ese momento la mayoría de mujeres trabajaba en escenarios domésticos, propios de la vida privada, por tal motivo estaba socialmente dispuesto que las empleadas domésticas fueran internas.

Pero, ¿era el valor que ellas atribuían a su oficio el mismo que le era socialmente atribuido? Es muy común en la literatura sobre el tema, el argumento según el cual las empleadas asumieron una

12 LUENGO, 2008, pág.68.

posición alienada, pasiva y complaciente, pero pocas veces se ha realizado un análisis comprensivo de esta situación. De hecho, resulta sorprendente percibir que, además de aceptar ciegamente las condiciones ofrecidas por los patrones y más frecuentemente por las patronas, aceptaran en su momento condiciones que, vistas desde hoy, son desproporcionadas y muy poco equitativas.

(Testimonio 1) *A mí nunca me pagaron! Ellos decían que no me pagaban porque {yo} era {de} la familia... Pero bueno, yo digo ahora ¡pues será que ellos ahorraron todo eso y con todo lo que ahorraron, hoy me pagan a mí aquí...! {refiriéndose al asilo geriátrico}. Roguemos a Dios que sigan pagando hasta que yo me muera. (...).*

(Testimonio 2) *El contrato era de palabra. Yo no negociaba, me ofrecían el pago y aceptaba, pagaban mensual. Yo nunca discutí por eso. Pero siento que no siempre me pagaron justamente! (Hermelina, min. 34)*

Cada caso era diferente y particular, único, si se quiere, pero existe una tipología. Generalmente el servicio que se esperaba de ellas era ilimitado en horarios y amplio en labores, a cambio de eso ella recibía comida, posada y en ocasiones algo de dinero. Dentro de esta lógica, se hacía un intercambio de trabajo por comida y dormida; eso llegaba a parecerles “justo” a las partes, a semejanza de la servidumbre colonial donde el “pago” era en especie. El valor del trabajo es histórico y social: depende tanto del contexto y la situación espacio-temporal de la relación, como de la costumbre y situación particular de quien haga los cálculos.

Mientras públicamente su oficio era desvalorizado, para ellas era inapreciable: equivalía a la pertenencia a una familia. Un servicio casi ilimitado era el precio que ellas estaban dispuestas a pagar a cambio de vivir bajo un techo estable, con la presencia de un papá y una mamá (los señores de la casa), sintiéndose virtualmente protegida por un hogar y una familia (que ella podía fantasear la suya) y a la cual estaba dispuesta a servir, el tiempo que fuera necesario, si era preciso la vida entera. Esta tipología se mantiene a todo lo largo del siglo XX en Colombia, a pesar de su aparente anacronismo, reminiscencia de la coexistencia de diversas temporalidades en cada momento histórico; el pasado constituyendo el presente.

En su momento, ser criada era visto como un acto generoso de la familia adoptiva, por acoger en su seno un miembro de otra manera ajeno (sin lazos de sangre); pero si este mismo hecho puede ser considerado, como se interpreta hoy con mayor frecuencia, una relación social de explotación ligada a elementos de clase y género, es un asunto que remite a una doble historicidad: la de los fenómenos y la de la cultura que los interpreta¹³. Por todo eso, muchas empleadas domésticas cuando

13 Gadamer propone la hermenéutica: el arte de comprender, interpretar. La pregunta que siempre acompañó al filósofo es: ¿Quién soy y quién es el otro siendo el otro un libro? Para él, el hecho de atribuir sentidos a un texto siempre implica proyección: o sea, sentidos previos nuestros, proyectados en los textos leídos. Para Gadamer lejos de ser negativo, este es un aspecto positivo pues genera creación, porque la subjetividad es muy fuerte y nunca va a desaparecer en una relación con otro. De aquí que la objetividad sea intangible como un absoluto. Propone Gadamer que para leer un texto y limitar la proyección sobre él, partir de los hábitos lingüísticos del autor en su época ayuda, dado que toda comprensión es histórica. GADAMER, 1997

se enfrentan con su propia historia, oscilan entre sentirse discriminadas, ajenas, explotadas y sentirse afortunadas, protegidas por una familia que les enseñó hábitos urbanos de vida.

Fue sólo en la década del cuarenta que el Estado reguló la jornada de ocho horas de trabajo legal, en el marco de las luchas obreras. Aun así, las leyes relacionadas con el trabajo doméstico son mucho más recientes que las operarias y siempre estuvieron diferenciadas del resto de trabajadores. La diferencia legal estaba en que todos los trabajadores tienen en común la vinculación a una empresa productiva; sin embargo las unidades familiares nunca fueron consideradas unidades con ánimo de lucro, por lo tanto, quienes realizaban oficios en ellas terminaban siendo discriminados pues no tenían el estatus legal de trabajadores. Por ejemplo, el derecho a la sindicalización era reconocido para los trabajadores pero fue apenas hacia el final de la década del setenta se abrió el debate sobre el derecho a la sindicalización de los empleados domésticos en Colombia¹⁴.

Para dar una idea de las enormes fluctuaciones en las negociaciones privadas de trabajo doméstico, algunos datos: para 1979 los salarios de las empleadas internas oscilaban entre \$1.600 y \$900 pesos mensuales, mientras para el mismo año el salario mínimo legal era de \$3.450 (Información extraída de los archivos de la Fundación Hogar San José para Empleadas del Hogar).

Ya en febrero de 1945 se celebra en Bogotá la Primera Conferencia Nacional Femenina, donde se denunciaban las precarias condiciones laborales de las empleadas del servicio doméstico (se denunciaron jornadas de trabajo de hasta 19 horas, empleadas que se veían forzadas a dormir en el piso, etc.)¹⁵. Sin embargo, el empleo doméstico permaneció carente de legislación hasta 1988, con la ley 11, que tomó obligatorio el pago de seguridad social para las empleadas, además reconoce, tras una larga década de intentos, su derecho a la sindicalización. Todavía tendrían que esperar hasta la década del 90 para que quedara legalmente establecida la jornada de trabajo y los descansos¹⁶.

Todo esto genera borrosidad a la hora de definir de la relación patrones-empleada doméstica, ¿Era estrictamente una relación laboral (en sentido contemporáneo)? Aquí es pertinente la tesis que sostiene que el proceso de modernización del país tomó impulso a partir de los años cincuenta, no obstante el proceso de modernidad de las relaciones sociales no tuvo lugar simultáneamente. Se ha hablado de modernización sin modernidad. Los procesos de regulación del trabajo parecen ser un ejemplo de ello.

Los primeros registros del esfuerzo organizativo de las empleadas datan del final de los años setenta. Fue en 1977 que algunas mujeres comenzaron a reunirse; este esfuerzo se vio reflejado en 1985, con la fundación del Primer Sindicato de empleadas domésticas SINTRASEDOM¹⁷. En 1988

14 Op. Cit. CHANEY y GARCÍA, 1993

15 VELÁSQUEZ, M. 1989, pág.36.

16 Aún hoy el código sustantivo del trabajo no regula expresamente la jornada de trabajo para el servicio doméstico, no obstante en la Sentencia C-372 de 21/06/1998, la Corte Constitucional señala que la jornada no puede exceder 10 horas diarias y regula los descansos los domingo y festivos.

17 GARCÍA, 1993, pág. 321.

se crea la *Confederación Latinoamericana y del Caribe de Trabajadoras del Hogar*, CONLACTRAHO, como resultado del Primer Congreso Latino-Americano de Trabajadoras del hogar, que tuvo lugar en Bogotá con la participación de 11 países de América Latina y el Caribe¹⁸.



Tomado de: Boletín de las primeras organizaciones de empleadas en Colombia. (CHANEY, E. & GARCIA CASTRO, M., 1993)

Habitantes de frontera social

Tal vez uno de los aspectos que más llama la atención de los investigadores es la dificultad enorme con que se enfrentaban las empleadas para cambiar de dedicación a lo largo de su vida. Una vez iniciadas en el servicio doméstico, ellas realizaban pocos intentos por cambiar de dedicación, y cuando los realizaban, frecuentemente era en vano. ¿En qué residía tal dificultad?

Todo parece indicar que desde principios de siglo el trabajo doméstico era más que un oficio un modo de vida. Esa idea estaba ligada a condiciones materiales de vida: se trataba de mujeres que no tenían casa propia en la ciudad, en la medida en que eran internas y tenían resuelta la dormida. La capacidad de ahorro dependía mucho de las condiciones privadas de negociación de las que se habló arriba, pero no era un rasgo característico de este grupo social. La posibilidad de formar familia era bastante limitada por la condición de interna en casa de los patrones, intrincando su vida privada y laboral.

De esta manera las necesidades económicas, laborales, educativas que tenían las empleadas eran compensadas con ganancias afectivas (de haberlas) en la casa de familia para la que trabajaba. Para la empleada, más que el servicio era la pertenencia; más que el salario era el cariño.

18 México, Venezuela, República Dominicana, Brasil, Paraguay, Uruguay, Bolivia, Perú, Colombia, Chile e Argentina participaron. Nesse primeiro encontro, estabeleceu-se o 30 de Março como o dia comemorativo das Trabalhadoras do Lar. (SOSA, 2010)

(Testimonio 3) *Yo tengo mi vida aquí. Ya mi casa no es mi casa, la casa era mi mamá {que después murió y por cuya herencia peleó radicalmente con las hermanas}. Aquí todos me quieren... pienso yo que con todo lo que he dado yo por ellos, no me van a abandonar.*

Esto muestra que el trabajo de empleada doméstica mezclaba la vida pública con la privada, justamente en la segunda mitad del siglo XX, en un momento histórico en que la distinción entre esas esferas de la vida se profundizaba. Las emociones y los sentimientos estaban transversalmente mezclados con el servicio doméstico, era además un trabajo que carecía de exigencias estrictamente técnicas, cada patrona, cada señor o señora de casa hacía las cosas a su manera y exigían también a su medida.

Pero en esta exigencia hubo otro patrón de organización característico de oficio como empleada doméstica. Muchas de ellas tuvieron acceso a contextos sociales negados por su origen social. Como hipótesis propongo que la situación del trabajo como empleadas implicó, un proceso de transición social entre su contexto social de origen (adscripción familiar) y el contexto social de los patrones al que tenían acceso a través de su labor. Las condiciones de esa transición son claves para comprender la dinámica del servicio doméstico en el país.

Poco refinadas para la casa de familia donde llegaba a trabajar, eran objeto de un entrenamiento exhaustivo por parte de la patrona, que le enseñaba no sólo sobre el qué, cómo, cuándo y cuánto de los oficios de la casa, sino también aspectos personales estrictamente ligados a las costumbres y tradiciones de la familia de los patrones. Asuntos relacionados con el aseo personal (frecuencia y modalidad del baño corporal, del cabello, de manos, etc.), con el vestir (uniformes, delantales, guantes, gorros, zapatos, etc.), es decir, todo lo relacionado con el cuerpo y la estética de la empleada, era también objeto de adaptación vía entrenamiento. Ese proceso resocializador en convivencia con un sector social diferente al suyo, era lo más fundamental del ya mencionado amaño.

En la cotidianidad de las empleadas era crucial el hecho de no estar solas prácticamente nunca. Si salían a la calle debían hacerlo acompañadas; si estaban en la casa normalmente estaban acompañadas de la patrona. Compartían largos tiempos y espacios las patronas por lo que muchas empleadas generaron con ellas vínculos densos: al mismo tiempo que la patrona, muchas veces se transformaba en mamá, profesora, guía o amiga, otras veces entraban en competencia y se transformaba en: enemiga o déspota.

En todas las historias de vida, sin excepción, la patrona es un sujeto central en la construcción de identidad de la empleada, es también una figura ambigua en torno a la cual hay un sinnúmero de conflictos. En todos los casos también, era ella quien entrenaba a la empleada, para lo cual pasaba días enteros a su lado, monitoreando, dando instrucciones.

Como consecuencia había un refinamiento en las maneras de la empleada, producto de una buena cantidad de tiempo y esfuerzo invertido. El oficio de empleada era incorporado en el cuerpo y destino de estas mujeres a manera de cambio cultural. Entonces se acostumbraban a vivir en condiciones que eran totalmente ajenas a su origen familiar, en medio de comodidades, cierto nivel de abundancia

y confort, condiciones difíciles de mantener en caso de faltar los patrones. El conflicto y la tensión son resultados inevitables de esa extraña duplicidad del lugar social ocupado por las empleadas que pernocaban y convivían cotidianamente entre gente siempre más acomodada que ellas.

(Testimonio 4) *Acostumbrada a que tenía que estar toda arregladita desde muy temprano, como si fuera para fiesta! ... A mí cuando me tocó comprar un par de zapatos, me senté a llorar! {dado que los patrones le daban toda la ropa} Cuando yo vi los zapatos que podía comprar con el dinero que podía pagar... Ay, me senté a llorar!*

Ser empleada doméstica implicaba un tránsito entre sectores sociales y por lo tanto, implicaba una capacidad de transición simbólica entre las mismas, se adapta a cada contexto. Las prácticas cotidianas de las empleadas no pertenecían, ni a un sector popular (generalmente también rural) ni a un sector urbano acomodado: oscilaban entre ellas (p. e. en su consumo cultural y estético, en sus formas de hablar y de moverse, en sus buenas maneras, etc.). Pero ¿a qué costo?

Se da un proceso de desarraigo de su grupo social de proveniencia paralelamente al proceso de apego al grupo social de los patrones, esto se conoce un fenómeno de *enclasmiento*¹⁹. En el caso aquí analizado, el proceso no se completa: ni la empleada entra totalmente al grupo social al que pertenecen sus patrones, ni es totalmente ajena a él. Queda, entonces la pregunta: ¿Cuál era el sentido de pertenencia de la empleada, si transita por dentro varios grupos sociales y conoce las íntimas profundidades de cada uno? Generalmente la respuesta está en aquel grupo que ella considerara su familia.

En este proceso, las empleadas adquirían e incorporaban una estética distinta a la acostumbrada por su grupo de origen, especialmente visible cuando no tenían uniforme, esto es, los días de salidas. Ellas intentaban revertir la dinámica de distancia social impuesta por los miembros de la familia de los patrones, a través de la ropa y de su modo de verse. Transformaban su opinión sobre lo que consideraban bonito. Había un fondo transgresor en el intento de las empleadas por asemejar a las dueñas o hijas de la casa. Parece que había una dinámica de aprendizaje, imitación y voluntad de ascenso social en ese cambio de gusto y apariencia.

Esa tensión cultural que las empleadas vivenciaban permanentemente pues era propio del proceso de transición del campo a la ciudad. El cambio de ambiente y contexto que experimentaban era tan radical que muchas empleadas permanecían en un territorio de frontera entre su grupo social de origen y el de los patrones. Esa condición social, esa frontera causaba una gran confusión y generaba contradicciones entre expectativas y realidades que se reflejaban en los distintos ámbitos de su vida.

19 La definición de enclasmiento como concepto sociológico está ligado a la lucha por el poder de los esquemas clasificatorios entre grupos y agentes sociales. El enclasmiento entonces es producto de una disputa por ocupar una posición privilegiada (la más privilegiada posible) en el espacio social. Se trata no sólo de propiedades y capital económico, se trata también de representaciones simbólicas que permitan la distinción social y el estatus (que son, por definición, excluyentes de la mayoría de la población). El concepto es ampliamente estudiado por el sociólogo francés, particularmente en su libro *La distinción: criterios y bases sociales del gusto* (BOURDIEU:1979).

La esperanza de la empleada por enclaszarse y ascender socialmente era obstaculizada por los señores de la casa, imponiendo distancia social. Las insistentes e interminables instrucciones dadas a la empleada no sólo pretendían mantener todo limpio y bien arreglado, sino también, en su sentido más oculto, recordarle que la casa donde vivía le era ajena. De manera que incluso a las mejores empleadas no les era permitido olvidar del todo su extracción popular-rural, ni sentirse totalmente en casa²⁰. Esto se refleja en la voluntad expresada por las reconocidas como *buenas empleadas*, de “mantener su lugar”, evitando ser vistas con recelo por los patrones, conscientes de los límites sociales que les imponía su condición de subalternidad, evadiendo la incomodidad y vergüenza de ser explícitamente rechazadas como extrañas y diferentes²¹.

Ese entre-lugar, esa transición o frontera cultural entre grupos sociales fue experimentada por las empleadas hasta principios de la década de los ochenta, cuando entra con fuerza el trabajo “de por días”. El hecho de que la empleada estuviera interna en la casa de trabajo hacía que, de una u otra manera, materializara su fantasía de entrada a un grupo social más acomodado que el suyo propio. Sin embargo, esa materialización era incompatible con la propia fantasía: aunque con acceso a grupos sociales acomodados, ella no era en modo alguno una igual, pertenecía a la moderna servidumbre familiar.

La condición de empleada *de por días* llevó a las empleadas de vuelta a su grupo social de cuna, alejándola del grupo de los patrones. En este sentido, el trabajo de por días tenía el efecto de anclar la empleada a su realidad: ella trabajaba con los señores generalmente en sectores céntricos de la ciudad y vivía entre su grupo popular, en las periferias. Por tal razón, una de las revoluciones más profundamente marcante de las condiciones de trabajo de las empleadas fue precisamente volverse trabajadoras de por días.

Una de las entrevistadas habla de esta experiencia y lo llama proceso civilizatorio:

(Testimonio 5) Ah no!... Después de venir de sembrar papas en un pueblo y de cocinar para obreros, llegar a un lugar de dedo parado donde no se rozaba uno sino con la gente del gobierno, la gente de la embajada... no más! Tuve que aprender, desde caminar...

La buena empleada

Hay una estrecha vinculación entre el fenómeno del servicio doméstico, el éxodo rural y el crecimiento de las ciudades colombianas. El trabajo en casas de familia (como ellas prefieren llamarlo) aumentó su demanda y oferta paralelamente al proceso de urbanización y modernización de Colombia.

20 Ello podía acontecer pero a otro precio: el remplazo de la señora de la casa por parte de la empleada. Este asunto es explorado a profundidad en otro documento.

21 Estos asuntos están desarrollados a profundidad en el documento de tesis original. GARCÍA, 2011

Fue en la década de los 30 que comenzó la migración campo-ciudad y para los años 80 la distribución de la población en el país ya había cambiado radicalmente: pasó de mayoría rural a concentración en áreas urbanas y con ello se dio un proceso de transición demográfica. De 1937 a 1964 la población del país pasó de 8'700.000 a 17'484.000 de colombianos, para ese año, 1964 ya se calculaba que el 50% de la población vivía en áreas urbanas. Veinte años más adelante, en 1985, el cálculo llegó a un 70% de la población viviendo en áreas urbanas²². De forma más o menos simultánea a este proceso sucedió el cambio en las tasas de nacimiento y mortalidad, arriba mencionado, que aumentó la esperanza de vida de manera exponencial pero no homogénea.

Las empleadas domésticas eran comúnmente criadas en el campo, educadas en las labores de la agricultura puesto que su origen era campesino. Muchas de ellas crecieron en familias extensas, con muchos miembros cuyos vínculos excedían, con mucho, los estrictamente sanguíneos. Para estas familias los hijos representaban futura fuerza de trabajo, manos trabajadoras que se sumaban para las labores del día a día en la parcela o finca²³.

Esa lógica propia del estilo de vida campesino se trasladó a la ciudad con los campesinos migrantes: mujeres y hombres recién llegados a la ciudad, habiendo sido acostumbrados a ayudar a sus padres con las labores del campo desde edades muy tempranas, consideraban que los ritmos fuertes de trabajo integraban la vida de manera natural. En el campo la ayuda que brindaban los hijos a sus familias comenzaba con labores de la casa (ayudando a la mamá, limpiando la casa, lavando la loza, cocinando el almuerzo, llevando y trayendo recados y mandados), sin embargo, dependiendo del sexo, el trabajo podía cambiar hacia tareas productivas de agricultura en la finca o entonces implicar la migración del campo a la ciudad para lograr salarios mejor pagos (este es el caso no sólo de las empleadas domésticas, sino también de muchos obreros y en general personas que servían como mano de obra barata).

El uso del tiempo de las empleadas domésticas está bajo la influencia de esa naturalización de ritmos intensivos de trabajo, dictado por el "tiempo de la naturaleza": regido por el sol y la luna, por la oscuridad y la claridad, por el canto de los gallos en la madrugada, por el ritmo de las cosechas, por la preparación de la tierra para el cultivo²⁴. Las empleadas domésticas de las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta tienen una marca rural muy fuerte, que se refleja en su ritmo de vida, en su asombrosa capacidad de trabajo (y sobre-trabajo) y en su proximidad a la naturaleza, todo ello herencia de la crianza rural. Su relación con el tiempo está mediada por la naturaleza, ajena a las ciudades.

En la casa materna ellas trabajaban durante el día y dormían por la noche, toda su familia despertaba cuando los gallos cantaban, todavía oscuro, a eso de las 4 o 5 de la mañana, preparaban un desayuno y hacían todo lo que les encargaran. Después ayudaban con las tareas de la casa, iban y venían por el poblado, llevaban almuerzos para el papá y sus jornaleros, ayudaban con la cría de

22 NIÑO y REINA, 2010

23 FORERO, 2002; JARAMILLO, 1988

24 Este asunto de la temporalidad natural entre trabajadores migrantes del campo es explorado para el caso de los carpinteros por el historiador Mauricio Archila (ARCHILA, 1990)

los hermanos menores. Una vez en las ciudades, se volvían buenas criadas porque tenían una gran disposición al trabajo y la obediencia.

Hasta la década de los setenta, continuaba siendo muy raro que los hijos de campesinos fueran a la escuela. Ese origen rural tenía desventajas, como el juicio social negativo que reforzaba la asociación entre ser poco ilustrado y tener origen rural. Los conocimientos relacionados a los oficios del campo eran prácticamente inútiles en la ciudad, lo que generaba desvalorización, no eran reconocidos como saberes, sino como ignorancia²⁵.

En las ciudades ellas trabajaban como si aún estuvieran en casa materna: durante su infancia en el campo ellas no recibían dinero a cambio de sus servicios, lo que ganaban, no obstante, era nada menos que la pertenencia a una familia²⁶. En la ciudad esas costumbres llevaban a las empleadas a trabajar duro a cambio de (aparentemente) muy poco, en provecho de los patrones. Entonces, puedo decir que aquellas mujeres criadas y formadas en el campo, tenían una alta probabilidad de convertirse en “buenas criadas” en la ciudad, siempre y cuando reprodujeran el ritmo de sobre-trabajo propio de las sociedades tradicionales campesinas.

Del mismo modo, eran “buenas criadas” en la medida en que traslapaban la gran capacidad de obediencia a sus padres rurales a los patrones urbanos, fenómeno que generaba la atribución a los patrones de la autoridad social y moral que inspiran los padres a sus hijos, con ello se potenciaba el poder de los patrones. Además de reforzar la posición de subalternidad de la empleada, ello producía procesos de identificación positiva y generación de un sentido de pertenencia a la familia para la que trabajaba.

Resulta muy interesante que en la narrativa capturada en entrevistas, las empleadas coincidan en que su respectivo papá y hermanos “trabajaban”, mientras su mamá, sus hermanas y ellas “ayudaban”. Quien trabaja tiene derecho al descanso y esparcimiento, no así necesariamente quien *ayuda*, luego éstos eran espacios marcadamente masculinos, que también ayudan a explicar el alto valor del sacrificio y vocación por el trabajo, ahondado por la educación católica de las mujeres y empleadas.

A modo de cierre

Como planteó Elías y después de él Guha, el individuo siempre estará preso en las estructuras de distribución del poder, según el lugar social y las tensiones del grupo, no obstante, todas las personas tienen un papel activo decisivo para su grupo social, esto es, *capacidad de agencia*²⁷. Por ello es interesante comprender los condicionamientos que trazan el destino de las empleadas domésticas en el país, no como meros individuos, sino como personas altamente vinculadas a la sociedad de su época. Ellas tomaron decisiones, por lo que no deberían ser vistas como víctimas de la sociedad, antes bien, como

25 Lo que no debería sorprender, si situamos estas concepciones en el marco de la modernización nacional.

26 En las entrevistas el pago por trabajo familiar aparece aunque muy raramente.

27 ELÍAS, 2002; Guha, 2002

sujetos que desarrollaron estrategias de sobrevivencia altamente adaptables a las realidades cambiantes que vivían, capaces de sobrevivir en situaciones que muchas veces estuvieron llenas de adversidad.

Referencias

- AMARAL COSTA, Ana Paula. Criadas e amas de leite: regulamentação do serviço de criadagem na cidade do Rio Grande (1887-1894). *Aedos* n. 4, vol. 2. Porto Alegre: UFRGS, 2009. Pode ser consultado em: <http://www.seer.ufrgs.br/index.php/aedos/article/viewFile/10628/6894>
- ANDERFÜHREN, Marie. Mobilité professionnelle des domestiques au Brésil (Nordeste): une logique complexe. Em : Blandine Destremeau & Bruno Lautier (dir.), *Femmes en domesticité, les domestiques du Sud, au Nord et au Sud*. *Revue Tiers Monde*, t. XLIII, n. 170, 2002, págs. 265-285.
- ARCHILA, Mauricio. El uso del tiempo libre de los obreros 1910-1945. Em: *Anuario Colombiano de Historia social y de la cultura*. Bogotá: Universidad Nacional, 1990 vol 18-19 págs.145- 84. Disponible em: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/revistas/revanuario/ancelh1819/articulos/art6/art6a.pdf>
- BARRETO, Juanita. Trabajo doméstico infantil y juvenil en hogares ajenos: De la formulación de los derechos a su aplicación. Cuatro estudios locales en Colombia. UNICEF & Save the Children U.K. Bogotá, 2001. Disponible em: <http://www.unicef.org/colombia/pdf/trabajodomestico.pdf>
- BOURDIEU, Pierre. *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus, 1979.
- CÁCERES, Patricia. Documento de Trabajo 170. Legislación comparada sobre Trabajo Adolescente Doméstico. El caso de Brasil, Paraguay, Colombia y Perú. 2003. Pode ser consultado em: [//www.oit.org.pe/WDMS/bib/publ/doctrab/dt_170.pdf](http://www.oit.org.pe/WDMS/bib/publ/doctrab/dt_170.pdf)
- COSTA, Cléria Botelho. Memórias Compartilhadas: os contadores de história. Em: COSTA, Cléria & MAGALHÃES, Nancy (orgs.). *Contar História, fazer história - História, cultura e memória*. Brasília: Paralelo 15, 2001.
- CHANEY, Elsa & GARCIA CASTRO, Mary (orgs). *Muchacha, Cachifa, Criada, Empleada, Empregadinha, Sirvienta y... Más Nada. Trabajadoras del Hogar en América Latina y El Caribe*. Caracas: Nueva Sociedad, 1993.
- EAGLETON, Terry. *Versões de Cultura*. Em: *A idéia de Cultura*. São Paulo: UNESP, 2005.
- ELIAS, Norbert. *A Sociedade dos Indivíduos*. Rio de Janeiro: Zahar, 1994.
- _____ & DUNNING, Eric. *Deporte y Ocio en el Proceso de la Civilización*. Madrid: Fondo de Cultura Económica. 1992.
- ENRIQUEZ, Eugène. *Da horda ao Estado. Psicanálise do vínculo social*. Rio de Janeiro: Zahar, 1990.
- FORERO, Jaime. 2002. La economía campesina colombiana 1999-2001. Em: *Revista Cuadernos Tierra y Justicia*. ILSA, págs.3-31.
- FREUD, Sigmund. *Além do princípio de prazer*. Em: *Além do princípio de prazer, psicologia de grupo e outros trabalhos*. Rio de Janeiro: IMAGO, 1969.

- GADAMER, Hans-Georg. Os traços fundamentais de uma teoria da experiência hermenêutica. Em: Verdade e Método, traços fundamentais de uma hermenêutica filosófica. Petrópolis: Vozes, 1997.
- GARCÍA, Ana Camila. Tesis de Maestría en Historia. Memorias, uso del tiempo y cotidianidad de las empleadas domésticas. Bogotá, 1950-1980, Brasil: 2011.
- GARCÍA CASTRO, Mary. Qué se vende y qué se compra en el servicio doméstico? El caso de Bogotá: una revisión crítica. En: CHANEY, Elsa & GARCIA CASTRO, Mary (orgs). Muchacha, Cachifa, Criada, Empleada, Empregadinha, Sirvienta y...Más Nada. Trabajadoras del Hogar en América Latina y El Caribe. Caracas: Nueva Sociedad, 1993.
- GAULEJAC, Vincent de. As Origens da Vergonha. São Paulo: Via Lettera, 2003.
- GINZBURG, Carlo. Sinais, raíces de um paradigma indiciário. Em: Mitos, emblemas, sinais: Morfologia e História. São Paulo: Companhia das Letras, 1990.
- GUHA, Ranahit. Las voces de la historia y otros estudios subalternos. Barcelona: Crítica, 2002.
- GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia. Alcohol y cultura en una clase obrera: Bogotá. Em: Academia Colombiana de Historia. Homenaje al profesor Rivet. Bogotá: ABC, 1975, págs. 117-168.
- HARTOG, François. Regime de Historicidade. Time, History and writing: the order of time. Palestra Estocolmo, 1996. Disponible em: www.ffch.usp.br/dh/heros/excerpta/hartog/hartog.html
- HELG, Aline. La Educación en Colombia, 1958-1980. En: Colección Nueva Historia de Colombia vol IV Educación, Ciencias, Mujer y Vida Diaria. Bogotá: Planeta, 1989, págs. 135-158.
- JARAMILLO, Jaime Eduardo. Estado, sociedad y campesinos. Ed. Tercer Mundo, Bogotá, 1988
- KOSELLECK, Reinhart. Espaço de experiência e horizonte de expectativa. Em: Futuro e Passado, Contribuição à semântica dos tempos históricos. Rio de Janeiro: PUC, 2006.
- KUZNESOF, Elizabeth. Historia del Servicio Doméstico en la América Hispana, 1492-1980. En: CHANEY, Elsa & GARCÍA CASTRO, Mary (orgs). Muchacha, Cachifa, Criada, Empleada, Empregadinha, Sirvienta y...Más Nada. Trabajadoras del Hogar en América Latina y El Caribe. Caracas: Nueva Sociedad, 1993.
- LAUTIER, Bruno. Las empleadas domésticas latinoamericanas y la sociología del trabajo: algunas observaciones acerca del caso brasileño. En: Revista Mexicana de Sociología. año 65, n. 4, 2003. México, p. 789-814. Disponible en: <http://www.ejournal.unam.mx/rms/2003-4/RMS03403.pdf>
- LEÓN, Magdalena. Trabajo Doméstico y Servicio Doméstico en Colombia. En: CHANEY, Elsa e GARCIA CASTRO, Mary (orgs). Muchacha, Cachifa, Criada, Empleada, Empregadinha, Sirvienta y...Más Nada. Trabajadoras del Hogar en América Latina y El Caribe. Caracas: Nueva Sociedad, 1993.
- _____ El servicio doméstico: Trabajo de la mayoría de las mujeres en América Latina. Em: Revista CIID Informa, vol. 13, n. 2, 1984. Pode ser consultado em: <http://idl-bnc.idrc.ca/dspace/bitstream/10625/32751/1/115033.pdf>

- LONDOÑO, P. & LONDOÑO, S. Vida Diaria En Las Ciudades Colombianas. Em: Colección Nueva Historia de Colombia, v. IV. Bogotá: Planeta, 1989, págs. 313-397.
- LÓPEZ, Jordi Luengo. Gozos y Ocios de la Mujer Moderna. Transgresiones estéticas en la vida urbana del primer tercio del siglo XX. Málaga: ATENEA, Estudios sobre la mujer, Universidad de Málaga, 2008.
- MARTÍNEZ, Aída. De la moral pública a la vida privada, 1820-1920. En: MARTINEZ, Aída & RODRÍGUEZ, Pablo (comp.) Placer, dinero y pecado. Historia de la prostitución en Colombia. Bogotá: Aguilar, 2002.
- NIÑO, Carlos & MENDOZA, Sandra. La carrera de la modernidad. Construcción de la carrera décima. Bogotá 1945-1960. Bogotá: Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, 2010.
- POLLAK, Michael. Memória, esquecimento, silêncio. Em: Revista Estudos Históricos. Rio de Janeiro: CPDOC, v. 2, n. 3, pp. 3-15, 1989.
- PROST, Antoine; VINCENT, Gérard; BOTTMANN, Denise (orgs.). Historia da Vida Privada n. 5. São Paulo: Companhia das Letras, 2009.
- RODRÍGUEZ, Pablo. La familia en Colombia. En: RODRÍGUEZ, Pablo. La familia en Iberoamérica 1550-1980. Bogotá: Norma, 2004, págs. 247- 288.
- . Las mancebías españolas. En: MARTINEZ, Aída & RODRÍGUEZ, Pablo (comp.) Placer, dinero y pecado. Historia de la prostitución en Colombia. Bogotá: Aguilar, 2002
- THOMPSON, E.P. A formação da classe operária inglesa. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1989.
- VELÁSQUEZ, Magdala. Condición Jurídica y Social de la Mujer. En: TIRADO, M. Álvaro; MELO, Jorge Orlando; BEJARANO, Jesús Antonio (orgs). Educación, ciencias, mujer y vida diaria. Colección Nueva Historia de Colombia, v. IV. Bogotá: Planeta, 1989, págs. 9-60.
- VIDAL, Laurent. Alain Corbin. O Prazer do Historiador. Em: Revista Brasileira de História vol 25. São Paulo: 2005.
- WEBER, Max. A ética protestante e o espírito do capitalismo. São Paulo: Pioneira, 1996, 11ª ed.